

MIKE CAREY

**CÍRCULO
VICIOSO**

Una novela de Felix Castor

timunmas

La varilla de incienso ardía con una llama naranja y olía a *Cannabis sativa*. En Sudáfrica crece salvaje: se puede caminar entre campos repletos, con tallos que te llegan a la cintura y sus hojas de cinco lóbulos te acarician como manos. Pero en Londres, donde vivo, se encuentra sobre todo en forma de chinás compactas de resina blanda y escamosa. Pierde un montón de su magia.

El sargento Gary Coldwood me lanzó una mirada claramente hostil a través de los hilillos del humo, que ondeaban perezosos al alzarse por el oscuro interior del almacén mientras su olor dulzón se disipaba entre los pasillos llenos de polvo. El almacén se hallaba en Edgware Road, en una desolada zona industrial; a juzgar por las ventanas rotas en el exterior y las filas y filas de estantes vacíos en el interior, hacía bastantes años que había sido abandonado, pero Coldwood me había invitado a reunirme allí con él y con unos cuantos de sus amigos uniformados para realizar un registro autorizado, así que podía apostar a que las apariencias engañaban.

—¿Ya has acabado de hacer el tonto, Castor? —preguntó Coldwood, mientras manoteaba para apartarse el humo del rostro. No sé si todo ese tacto y diplomacia es innato en él o lo aprendió en la academia de la poli.

Asentí sin prestarle mucha atención.

—Casi —contesté—. Tengo que entonar el mantra otra docena de veces o así.

Era sábado por la noche, y ya había tenido que lidiar con un montón de mis propios problemas. Cuando la Met, la policía metropolitana, llama, contesto, porque pagan a tocateja, pero eso no quiere decir que tenga que gustarme. Por otra parte, me imagino que si les monto un poco de espec-

táculo, se quedarán más impresionados cuando les presente el resultado. «Mirad, chicos —les digo a mi artera manera—, esto es magia: tiene que serlo, porque hay humo y espejos.» Por ahora, Coldwood es el único poli que me ha pillado, y lo más seguro es que por eso nos llevamos tan bien. Respeto a un hombre que puede oler las sandeces en medio del incienso.

Pero esa noche, Coldwood estaba de mal humor. No había encontrado ningún cadáver en el almacén, y eso quería decir que no sabía con exactitud a qué se estaba enfrentando. Podía ser un asesinato, podía ser que su hombre se hubiera largado; y si era asesinato, eso podía representar una oportunidad de oro o seis meses de vigilancia encubierta evaporándose como el humo del incienso. Así que quería respuestas, y eso lo hacía menos tolerante a mi teatro que de costumbre.

Murmuré unas cuantas variaciones de *om mane padme om*, y él me dio una patada en el tacón del zapato con sus duras botas de reglamento de la Met. Yo me hallaba sentado en el suelo ante él, con las rodillas dobladas, así que supongo que podría haber sido peor.

—Dime ya si puedes ver algo, Castor —me sugirió—. Luego puedes canturrear hasta que te hartes.

Me levanté, despacio, con la lentitud suficiente para que Coldwood perdiera la paciencia y se fuera a ver si los forenses habían conseguido arrancar alguna huella de un destartado escritorio que había en el rincón del fondo de la sala. No estaba nada contento. Se lo notaba en la forma en que su rostro anguloso (con cierto parecido a Dick Tracy, si Dick Tracy fuera cejijunto y tuviera un problema de piel) se comprimía en una mueca que le hacía sobresalir el labio inferior como una repisa rabiosa. Su lenguaje corporal también lo delataba un poco: siempre que acababa de agitar las manos y señalar, lo que hacía al dar órdenes, la mano derecha le caía sobre la discreta pistolera que llevaba bajo la chaqueta de cuero color canela, como para comprobar que seguía ahí. Coldwood no llevaba mucho tiempo en una unidad armada, y se podía ver que aún le resultaba una novedad.

Crucé el almacén hacia la puerta por la que había entrado, lejos del equipo forense, observado con curiosidad por dos o tres de los agentes uniformados que estaban allí para controlar el perímetro. Coldwood conoce mis trucos y sabe cómo tomárselos, pero era evidente que, para esos tipos, yo era algo como salido de una feria de monstruos. Sin prestarles atención, miré detrás de los archivadores que se alineaban contra la pared, a la derecha de la puerta. Golpeé el corcho de un tablón de anuncios que había en la pared tras ellos, del que colgaban fajos de polvorientas

facturas como pellejos sarnosos, y les di la vuelta a los calendarios de tías buenas para echar un vistazo a los ladrillos pintados de gris que cubrían. No había puertas ocultas, ni cajas fuertes empotradas en las paredes, ni siquiera viejos grafitis.

Miré hacia abajo. El suelo del almacén era de cemento gris, pero justo allí, junto al tablón de anuncios y los archivadores había un rectángulo irregular de linóleo rojo con un dibujo de un sol psicodélico, muy retro-chic, a no ser que llevara allí desde los años setenta. Me había fijado en otro trozo, con el mismo dibujo, bajo el escritorio. Pero en éste había marcas de arrastre sobre el polvo. Pateé el linóleo con el tacón a ver qué. Un *bum* algo hueco se oyó bajo mi pie.

—¿Coldwood? —lo llamé, volviendo la cabeza.

Él debía de haber captado algo en mi voz, o bien había oído también el ruido a hueco, porque enseguida estuvo junto a mí.

—¿Qué? —preguntó, suspicaz.

Señalé el linóleo.

—Hay algo ahí —contesté—. ¿Este sitio tiene sótano?

Coldwood entrecerró un poco los ojos.

—No según los planos —respondió. Llamó con un gesto a dos de los agentes, y éstos vinieron corriendo—. Levanten esto —les dijo, señalando el linóleo.

Primero tuvieron que mover los archivadores, y como estaban llenos, les costó un poco. Podría haberles ayudado, pero no quería liarme en una discusión sobre competencias. El linóleo en sí se enrolló con la misma facilidad que una vaina de guisantes, y Coldwood masculló un taco cuando vio la trampilla que había debajo. Resultaba evidente que pensaba que sus chicos deberían haberla encontrado antes que yo.

Era, más o menos, de metro por metro y medio, y estaba justo al mismo nivel del suelo por tres lados. En el cuarto, las bisagras se hundían cerca de un centímetro. Era un trabajo profesional realizado con las uniones más finas posibles, para que ninguna señal se acabara marcando en el linóleo que lo había cubierto. A la izquierda había una cerradura; el ojo tenía forma romboidal y no se hacía más ancho por el lado de la barra de la llave, así que casi seguro que sería una cerradura de Sargent & Greenleaf: un hueso duro de roer.

Coldwood ni siquiera se molestó en intentarlo. Envié a dos agentes a buscar unas palancas. Con gran cantidad de maniobras, unos cuantos intentos fallidos y una lluvia de astillas cuando la madera crujió y se resquebrajó, por fin consiguieron arrancar toda la cerradura. Incluso entonces

ces, el pestillo casi ni se pudo doblar. La placa sobresalía de la trampilla en un ángulo de treinta grados, con trozos de madera en forma de estrella de mar, aún sujetos a los tornillos; aquel guardián herido no había sido vencido del todo. Pasado su momento de gloria, los policías se apartaron con deferencia para que el sargento pudiera abrir la trampilla. Eso hizo Coldwood, con un gruñido de esfuerzo, porque la madera de la trampilla resultó ser de casi tres centímetros de grosor.

Dentro, el espacio tenía unos treinta centímetros de profundidad, con tres separadores verticales de contrachapado, que lo dividían en cuatro compartimientos de igual tamaño. Tres de esos compartimientos contenían idénticas bolsas de papel de estraza, más o menos del tamaño de un paquete de azúcar de dos kilos, envueltas con dos capas de plástico; el cuarto estaba casi lleno de fundas negras de devedés, pero dos pequeñas libretas, con las tapas algo manchadas de aceite, se hallaban en un rincón. En la tapa de una, escrito en mayúsculas con un rotulador negro de punta gruesa, ponía: MATERIAL ENTRANTE. No sabría decir qué ponía en la otra.

A un gesto del sargento, los chicos cogieron una de las bolsas y ambas libretas con sus manos enguantadas en látex, y se las llevaron al escritorio, como niños con los regalos del día de Navidad. Coldwood aún seguía mirándome. Su mirada decía que ya se habían acabado las bromas. Quería toda la historia.

Pero yo también. No prostituyo mi talento por cualquiera, sobre todo si tiene un rango y un uniforme, y cuando me arrastran a una situación de la que no tengo ni puta idea, me gusta hacerme el tímido hasta que sé donde piso. Así que, como respuesta, le lancé una pregunta.

—¿Tu hombre mide sobre un metro ochenta y cinco, es corpulento, pelirrojo y lleva unos chinos de Armani y una de esas chaquetas guais sin cuello de una especie de color verde oliva sucio?

Coldwood hizo un sonido gutural que podría haber sido una risa, si en su repertorio se contara la risa.

—El mismo —contestó—. Y ahora deja de jugar al místico y dime dónde está.

—Dime tú quién es —contraataqué.

—¡Mierda! Castor, eres un asesor civil, así que haz lo que se te paga por hacer, ¿vale? No te corresponde conocer el expediente del caso.

Esperé. Ésa era mi quinta o sexta excursión con el detective sargento Coldwood, y ya habíamos establecido una especie de rutina. Pero, como ya he dicho, ese día, él no estaba del mejor humor. De ahí su intento de que le pasara la información sin darme nada a cambio.

—Podría arrestarte por ocultar pruebas y por entorpecer una investigación —remarcó.

—Podrías —acepté—. Y te deseo que disfrutes intentándolo.

Hubo un breve silencio. Coldwood resopló.

—Se llama Leslie Sheehan —dijo con rostro y tono inexpresivos—. Trapichea con cualquier droga a la que pueda echar mano, además de algo de porno fetichista del feo a modo de *hobby*. Lo más seguro es que de eso serán los devedés. Quizá esté dos escalones por encima de las mulas y los camellos de la calle, y no nos importa un cuerno. Pero trabaja para un tío llamado Robin Pauley, al que nos encantaría ponerle las manos encima. Así que nos hemos pasado los últimos seis meses vigilando a Sheehan y montando un caso contra él, porque creemos que se puede volver contra Pauley. Ya nos ayudó una vez, hace unos diez años, para librarse de un cargo de conspiración para cometer asesinato. Cuando lo han hecho una vez, tienes más por dónde agarrarlos. Pero ahora ha desaparecido, y creemos que Pauley puede haberse olido la tostada.

—En cualquier caso, Sheehan ya no va a hablar —dije con tranquila y absoluta convicción.

Coldwood estaba exasperado.

—Castor, ni siquiera estás cualificado para tener una puta opinión sobre... —gruñó. Entonces lo captó—. Oh —masculló, y como un segundo después añadió un amargo—: ¡Joder! —Estaba a punto de decir algo más, sin duda igual de escueto, cuando una de las ratas de laboratorio lo llamó.

—¿Sargento?

Él se volvió, rápido e inexpresivo. Primero siempre va lo que se tiene entre manos; la imaginación se deja enfundada.

—Es heroína —dijo el técnico con tensa formalidad—. Más o menos sin cortar. Pura en un noventa y cinco o un noventa y seis por ciento.

Coldwood asintió con sequedad, luego se volvió de nuevo hacia mí.

—Así que debo suponer que Sheehan está por aquí, en algún lado, ¿no? —preguntó por pura formalidad.

Asentí, pero necesitaba decírselo con todas las letras, por si le quedaba alguna esperanza.

—Su fantasma está aquí —afirmé—. Eso no quiere decir que su cadáver lo esté. Ya te he explicado otras veces cómo funciona esto.

—Necesito verlo —dijo Coldwood.

De nuevo asentí. Claro que necesitaba verlo.

Metí la mano dentro de mi abrigo y saqué mi flautín irlandés. En

circunstancias normales, hubiera sido un Clarke Original en clave de «re», pero ciertos acontecimientos a bordo de un barco unos meses atrás me dejaron temporalmente sin instrumento. El barco en cuestión era un elegante yatecito llamado *Mercedes*, pero si están pensando en la Regata Henley, se equivocan de plano: el naufragio del *Titanic* les dará una imagen mejor. O quizá *El holandés errante*. Bueno, pues como resultado de ese viajecito acabé comprando un Sweetone, de un color verde chillón, que se convirtió en mi instrumento, a falta de otro. No lo notaba ni tan dispuesto ni tan sensible bajo mis manos como el viejo Original, y se veía un poco ridículo, pero íbamos haciéndonos el uno al otro. Un año más o así, y seremos inseparables.

Me llevé el flautín a los labios y soplé «sol», «do», «la», para afinar. Era consciente de que todos los ojos de la sala se habían clavado en mí; los de Coldwood, inexpresivos; la mayoría de los otros, con un morboso interés, aunque a uno de los agentes uniformados se lo veía más bien nervioso.

El problema con lo que yo estaba a punto de hacer era que no siempre funcionaba. Como mucho, la mitad de las veces. Hay algo en la concepción racionalista del mundo que impide ver u oír cosas que contradigan esa visión, como, digamos, las sirenas o los cerdos voladores. O los fantasmas. En conjunto, dos de cada tres personas pueden ver a algunos muertos, pero incluso así, depende mucho del humor y la situación. Y en ciertas profesiones, el porcentaje baja a algo muy próximo al cero. Los policías y los científicos se agrupan más o menos al final de la tabla.

No sabía qué iba a tocar hasta que di las primeras notas. Podía no ser gran cosa: sólo el esqueleto de una melodía, o un fraseo atonal con algún tipo de burda estructura. Resultó ser un tema de Micah Hinson, llamado *El día que Texas se hundió en el fondo del mar*. Había visto a Hinson actuar en algún café de Hammersmith y me agradó la cantarina aspereza de su voz y las repeticiones machaconas e hipnóticas de sus letras. Pero la canción ya me gustó sólo por el título.

Al principio pareció que no pasaba nada, pero, claro, desde mi punto de vista, nada nuevo tenía que pasar. Por suerte, la perspectiva de Coldwood sí iba a variar un poco. Antes de empezar por segunda vez el estribillo, uno de los forenses lanzó un grito ahogado desde el escritorio. Bien. Luego otro agente gritó y señaló, y supe que la plañidera cancioncilla había funcionado.

A lo que señalaban era a un hombre que estaba de pie sobre el agujero que había cubierto la trampilla. Había estado ahí todo el rato, visible para mí desde el momento en el que había entrado, pero los chicos de Cold-

wood habían estado andando junto a él y a través de él sin ni siquiera un escalofrío premonitorio o un murmurado «Ave María», así que sabía que yo era el único que podía verlo.

Pero la música había cambiado eso. Esa melodía, en ese momento justo, en ese lugar exacto, tocada con ese tempo, era, para mí, una descripción del fantasma. Es una habilidad que tengo: no sólo veo a los muertos, sino también los percibo con un sentido que es nueve partes oído y una parte que sólo puedo describir como «lo otro». Puedo atrapar la esencia de un fantasma con la música, y una vez que lo he hecho, puedo hacer otras cosas con él. Una, que descubrí hace bastante poco y de forma espectacular, es hacer que otra gente también lo vea.

Así que en ese momento, la música estaba colocando a ese muerto dentro de la percepción de Coldwood y sus polis, lo que significaba que estaban viendo materializarse al fantasma de Sheehan a partir del aire. Coldwood tenía una forma de pensar más pragmática. Caminó hasta el fantasma y comenzó a examinarlo. El fantasma lo miró con ojos tristes y asustados.

Era evidente que Leslie Sheehan no hacía mucho que había muerto, y aún no había tenido tiempo de acostumbrarse a la idea. Había acudido ahí, porque «ahí» era un lugar con el que tenía fuertes vínculos, o quizá sólo se había quedado ahí porque era ahí donde había muerto. En cualquier caso, una vez que se había materializado ahí, ése parecía ser el límite de sus capacidades por el momento. No podía reinsertarse en la vida porque su cuerpo fantasmal no podía levantar, ni mover, ni tocar ningún objeto físico, y ni siquiera podía hacer de forma segura lo que su mente fantasmal le decía. Algunos fantasmas permanecen atrapados, repitiendo su muerte durante toda la eternidad. Otros se quedan, como Sheehan en ese momento, con aspecto perdido y asustado, vencidos y abatidos por el hecho, ya innegable, de su propia mortalidad. En algún sentido era consciente de nosotros, y su mirada siguió a Coldwood cuando el sargento se acuclilló para echar una ojeada a algo que había llamado su atención. Pero era como si Sheehan estuviera clavado en el sitio: incapaz de tomar la decisión o formar el deseo de moverse de donde estaba.

Coldwood señaló la ligadura que rodeaba el antebrazo desnudo de Sheehan.

—Se estaba picando —concluyó con aspecto contrariado—. El gilipollas se mató.

—Eso mismo estaba yo pensando —concordé—. Pero si echas una ojeada a la parte posterior, quizá quieras cambiar de opinión.

Coldwood me dedicó otra expresiva mirada. Pero se levantó, rodeó al

patético fantasma y luego miró con cierta sorpresa la parte trasera de la cabeza de Sheehan, o para ser más exactos, al sitio donde ésta había estado. Porque en su mayor parte ya no estaba. La sombra de Leslie Sheehan perdió interés en el sargento en cuanto éste salió de su vista. Alzó las manos y se las miró durante un momento, luego frunció el cejo y miró alrededor, como si estuviera intentando recordar dónde había puesto las llaves del coche.

—Tú eres el experto —dije—, pero supongo que ha sido la bala de una pistola, contra la sien, justo delante de la oreja y con un ángulo un poco hacia atrás. Si le hubieran disparado desde atrás, casi seguro que la mayor parte de su rostro sería el orificio de salida.

—No ha sido con una pistola —mascullo Coldwood—. Ha sido con uno de esos trastos de bala cautiva que usan para matar cornejas. —Señaló—. Toda la parte izquierda de la cabeza se ha hundido. No se consigue eso con una bala normal de alta velocidad... ¡Eh, si vomitas aquí, te arresto por algún puto cargo!

Esas últimas palabras no iban dirigidas a mí, sino al poli uniformado al que antes había visto un tanto pálido. Desde donde estaba, el pobre tipo tenía una inmejorable perspectiva de algunas de las partes más privadas de Sheehan, esas que antes habían estado dentro de su cráneo. No parecía que la vista le estuviera sentando muy bien. Ante un seco gesto de Coldwood, el poli corrió hacia la puerta.

Coldwood volvió de nuevo su atención hacia mí.

—¿Dónde está el cuerpo? —preguntó—. ¿El cuerpo físico, el real? ¿Dónde podemos encontrarlo?

—No tengo ni puta idea —contesté con sinceridad—. Se lo puedo preguntar, si quieres. Pero será mejor que se lo preguntes tú mismo. Puede verte. Te veía incluso cuando tú no podías verlo.

—Pero tú eres el experto —me copió con un hábil sarcasmo.

—Ser exorcista no es exactamente lo mismo que ser detective —le repliqué como si nada—. No tengo una placa que ponerle delante de las narices, y es muy difícil darle una paliza a un tipo que ya está muerto. Pero lo intentaré si me dejas a solas con él. No voy a hacerlo delante de toda tu gente.

Coldwood rumió eso durante un buen rato.

—Vale —aceptó, pero me puso un dedo amenazador ante la nariz—. Toca las pruebas y te saco las tripas, Castor. ¿Queda claro?

—No necesito drogas —contesté—. Me puedo colocar con la muerte.

Mascullando una blasfemia, Coldwood hizo un gesto a su equipo para que saliera. Cuando se fueron, el lugar quedó agradable y tranquilo. Decidí dejar que pasaran unos minutos para que ese nuevo ambiente se

instaurara, antes de dedicarme al señor Sheehan. Metí el flautín en el bolsillo especial que había cosido en el forro del abrigo (suelo usar un abrigo del ejército ruso, porque oculta multitud de huecos) y de otro bolsillo saqué una petaca de plata llena de un coñac griego fuerte en extremo. Pegué un trago, y el licor se extendió por mi interior como el fuego en un edificio abandonado. No es nada bueno. En absoluto. Pero en momentos como ése llena un vacío y me permite seguir en marcha.

Mientras me enjuagaba las encías con un segundo trago, eché otra mirada a los calendarios. Porno ligero de adolescente: Abby como se llame, Suzie lo que fuera. Pero según había dicho Coldwood, el gusto de Sheehan tiraba hacia algo más fuerte. Bueno, el tipo ya había abandonado los placeres de la carne, de eso no había ninguna duda. Llevo en este trabajo como una década, y aún no sé mucho de la otra vida, pero estaría dispuesto a apostar una pasta a que los muertos no mojan mucho.

No servía de nada retrasarlo más: casi seguro que la memoria de Sheehan era tan fragmentaria como lo que le quedaba de cabeza, así que ya debía de haberse olvidado del alegre desfile de la panda de Coldwood. Guardé la petaca y fui hasta donde se hallaba el fantasma, con los pies a unos cuantos centímetros de las bolsas de papel, más o menos donde había estado el suelo. Como la terapia, la muerte revela tus instintos más profundos: él estaba vigilando su alijo.

—Bien —le dije en un tono normal de conversación—. Así que estás muerto. ¿Qué tal te va?

Me miró parpadeando, se entretuvo sobre mí y su mirada vagó de nuevo. Le estaba costando mantenerse centrado, lo que quizá no fuera tan sorprendente.

—Debe de haber sido toda una sorpresa —ofrecí—. Estás caminando tan tranquilo, sin nada que te preocupe, y de repente, un tío te atrapa con una llave, te arrastra a un callejón y ¡zaca!, la luz del día te da en los ojos por la espalda.

Sheehan arrugó la frente e hizo un gesto vago con la mano derecha. Movié los labios.

—Tardas un rato en darte cuenta de lo que te ha pasado —seguí, compadeciéndome—. Piensas, bueno, eso ha dolido, pero aquí estoy, gracias a Dios. Y luego pasan las horas, y comienzan a aparecer las dudas. ¿Por qué sigo aquí quieto? Y además, ¿cómo he llegado aquí? ¿Qué hago ahora?

»Y la verdad es, chico, que no vas a hacer nada. Al menos ahora. Hacer cosas es un lujo que sólo se permiten los vivos. Los muertos... bueno, más que nada, miran.

Los ojos de Sheehan se ensancharon. Yo no sabía si era porque mis palabras habían atravesado sus defensas o sólo el vago despertar de la memoria en lo que estuviera empleando en ese momento como mente. Las manos se le sacudieron de nuevo, y esa vez, cuando habló, logré oír un seco susurro, como el viento entre la hierba.

—Pobre... pobre...

Los muertos son bastante dados a la autocompasión, y lo cierto es que tampoco se les puede culpar por ello. No parece que ninguna de sus opciones sea muy atractiva. Incluso el Cielo, si aceptas la opinión de la mayoría, es un estado de unidad con Dios y una alabanza perpetua de su bondad, lo que debe de hartar bastante después de unas horas, por no hablar de toda la eternidad. Por otro lado, ese tipo era un camello, un vendedor de porno y Dios sabría qué más. No iba a desperdiciar con él mi compasión, porque nunca se sabe cuándo se puede acabar la reserva.

—Sí —continué—. Es una gran mierda. Algún cabrón te ha dejado seco, Sheehan. Casi vale la pena creer en el Infierno para tener el alivio de imaginarte a ese tipo asándose en él.

—Pobre... pobre... pobre...

—Ya has dicho eso. Estoy de acuerdo.

—¡Pauley! —El nombre fue casi inaudible, pero tengo buen oído y estaba escuchando en todas las frecuencias.

—Pauley. —Le di la espalda; mejor distraerlo lo menos posible en ese momento, porque su problema de atención, sin duda, iba a empeorar—. Pauley acabó contigo, ¿no? Bueno, para que veas lo que son los amigos. ¿Te dolió, o fue demasiado rápido para que lo notaras?

Un largo silencio. Luego un susurro ronco y casi sin voz:

—D... d... dolió. Dolió.

—Entonces, ¿fue en tu casa? —le pregunté, con un tono neutro tan implacable que debo de haber parecido muerto de aburrimiento—. Llamaron a la puerta, *bang*, estás muerto. ¿Algo así? ¿O estabas por el centro?

Hubo un largo silencio. Lo dejé alargarse. Parecía la clase de silencio que puede tener un premio al final.

—Bronce —susurró Sheehan—. Bronce. —Hizo un sonido como un gemido que hubieran escurrido y colgado a secar, un gemido sin graves, porque los muertos suelen tener problemas para llegar a las notas bajas—. Buriil.

El silencio de después de esa última exhalación era diferente. Cuando me volví, sabía lo que iba a ver: Sheehan había desaparecido. Agotado por el esfuerzo de hablar, su manifestación física se había deshecho en motas aleatorias en el aire; ni materia, ni energía, ni nada que nadie haya

conseguido atrapar o medir. Volvería, no tenía ningún otro lugar adonde ir. Pero no sería pronto.

Fui a la puerta y salí a la estrecha cinta de asfalto que separaba el almacén de la calle. Los únicos coches aparcados allí eran el Nissan Primera libre de impuestos de Coldwood, y tres furgonas estándar de la pasma. Coldwood estaba a un lado, hablando por el móvil. Los policías y los expertos estaban en dos grupos separados, en una atávica respuesta a sus diferentes feromonas. Un fresco viento soplaba desde el norte, pero al menos ya no llovía. El sol se estaba poniendo tras los enormes rascacielos de Colindeep Lane, y una enorme masa de nubes oscuras chorreaba desde el cielo tras él como agua por un desagüe.

Coldwood terminó su conversación, guardó el móvil y se acercó a mí.

—¿Ha dicho algo? —preguntó, en un tono que indicaba que esperaba tan poco que era imposible decepcionarlo.

—Ha señalado a Pauley —contesté. Las cejas de Coldwood se le dispararon frente arriba—. Al menos, eso creo. Y cuando le he preguntado dónde murió, me ha dicho «bronce» y luego «buril».

—Brondesbury —tradujo Coldwood—. Recambios para automóviles Brondesbury. Eso sería como un puto beso en la mejilla dado por Dios en persona. Si el cadáver sigue allí... —Ya estaba dirigiéndose a su coche con paso rápido, marcando las teclas del móvil. Los polis uniformados lo siguieron con la mirada fija, esperando órdenes con esa especie de estólida urgencia propia de los chicos de azul, pero Coldwood volvía a estar al teléfono—. El taller de chapa —estaba soltando—. El que está en Brondesbury Park. Id hacia allí ahora mismo. Sí. Sí, consigue una orden. Pero no esperes. ¡Rodéalo y no dejes que nadie entre o salga!

—Al parecer son buenas noticias —dije a la espalda de Coldwood mientras éste abría la puerta del coche. Cuando se sentó, me lanzó una mirada de un microsegundo.

—El local está a nombre de Pauley —me explicó con una sonrisa desagradable—. Ya tenemos una causa probable. Si conseguimos una orden de registro y si el cadáver continúa allí, podremos rebuscar en todos sus chanchullos y liarla un poco. —Su mirada pasó de mí a un agente uniformado—. MacKay, tómale declaración a Castor y envíala por fax al sargento Tennant en Luke Street. —La ventana ya se estaba cerrando cuando lo dijo, haciendo inútil cualquier protesta. Coldwood desapareció por la calzada, dejando un tufillo a neumáticos torturados.

Que me tomaran declaración era como echar sal en la herida, pero también una invitación que no podía rechazar. Repetí lo ocurrido esa

noche, y el agente MacKay lo escribió todo laboriosamente y sin abreviar, hasta llegar a lo que el fantasma de Sheehan me había dicho cuando lo había interrogado en mi calidad de cazafantasmas oficial. O bien MacKay estaba compensando su anterior falta de sangre fría, o bien sólo era muy corto de entendederas: de cualquier forma, fue tan pasmosamente lento y metódico en sus preguntas que aporrearlo hasta la muerte con su propia libreta podría haberse considerado un homicidio justificado. Además escribía despacio, y necesitaba varias repeticiones de cualquier frase, excepto las más cortas. Concluí que tenía madera para llegar a oficial.

Pero tenía capacidad de observación. Pasado un rato, se dio cuenta de que me estaba poniendo nervioso, y que había un tonillo en mi voz cuando le repetía por tercera o cuarta vez algún detalle insignificante como dónde me encontraba cuando había dicho esto o lo otro.

—¿Tiene que estar en algún otro sitio? —preguntó en un tono un tanto agresivo.

—Sí —contesté—. Eso es, justo.

—Oh, vale. Una calentorra, ¿no? —Y me regaló con esa sonrisita lascivamente sugerente que a los polis les dan el primer día junto con los zapatos de reglamento.

Yo no estaba de humor.

—Es un tío —repliqué—. Un psicópata víctima de una posesión demoníaca, y suele tener una temperatura corporal de unos cuatro grados. Así que sí, creo que puede decir sin equivocarte que es un calentorro.

MacKay guardó su libreta mientras me lanzaba una mirada de truculenta sospecha. Había notado que aquello podía superarle, y no le gustaba.

—Bueno, creo que no necesitamos nada más por el momento —repuso muy serio—. El sargento ya se pondrá en contacto con usted, así que manténgase a mano, ¿eh?

—No se preocupe —repliqué—. Contactaré con él en el plano astral.

—¿Eh? —Su suspicacia se había transformado en franca alarma.

—Olvídelo —mascullé, mirándolo por encima del hombro mientras me alejaba.

No era culpa de MacKay que mi sábado noche se hubiera ido a la mierda. No era culpa de nadie excepto mía, lo que nunca sirve de tanto consuelo como debería.

Se supone que el fin de semana es para relajarse del estrés de la semana que ha pasado y recargar las pilas para la mierda de la que viene. Pero esa noche no era mi caso. El sitio al que me dirigía hacía que ese agujero olvidado de Dios pareciera de lo más acogedor.

Conduzco cuando no tengo más remedio que hacerlo, pero no tengo coche. En Londres, tener un coche no parece ser de gran ayuda, a no ser que te apetezca estar sentado y tomar el sol mientras te arrastras por la M25. Así que tenía por delante un largo trayecto en metro hasta llegar a donde me dirigía; hacia el centro, por un ramal de la Línea Norte, y hacia las afueras de nuevo por el otro.

Era esa hora extraña entre el sábado por la tarde y el sábado por la noche: las masas futboleras ya habían desaparecido, y aún era demasiado pronto para ir de copas o al teatro. Fui sentado la mayor parte del trayecto, aunque el vagón tenía un tufillo a la grasa pasada del Big Mac que alguien consumía de forma ilícita.

El tío a mi lado estaba leyendo *The Guardian*, así que yo lo leía también en cortos vistazos sobre su hombro mientras él volvía las páginas. Los tories estaban a punto de apiolar a su último líder, mi deporte sangriento favorito; el ministro del Interior negaba algún espectacular abuso de su cargo mientras también se negaba a modificar una orden judicial que hubiera permitido a la prensa describir con exactitud qué abuso había sido; y la Ley de Derechos Post-mortem estaba a punto de regresar a la Cámara de los Comunes para lo que se esperaba que fuera una tercera votación muy movida.

No era así como se llamaba, claro. Creo que el título exacto era Ley de Redefinición de la Condición Legal de los Poderes Extraordinarios, pero los periódicos sensacionalistas habían recurrido a varias formas para acortarle el nombre, y la de Derechos Post-mortem había sido la que había cuajado. Por mi parte, yo tendía a pensar en ella como la Ley de Estoy Vivo Hasta que se Demuestre lo Contrario.